

Nueva Sociedad Nro. 156 julio-Agosto 1998, pp. 23-31.

## Colombia. ¿Elecciones hacia el cambio?

Rafael Vergara N.

**Rafael Vergara N.:** abogado especializado en derecho público; ex-maestro de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México; ex-miembro de la Dirección Nacional del M-19; ex-secretario de Relaciones Internacionales de la AD-M19; miembro de la Dirección del Movimiento Bolivariano; ex-director de Medio Ambiente y ex-secretario general de la alcaldía de Cartagena de Indias; consultor del Instituto de Altos Estudios de Colombia - ICAE, Bogotá.

**Palabras clave:** elecciones, situación política, Colombia.

Dijo: «Yo no extraditaría a Ernesto Samper ... Que quede claro, así me lo solicite Estados Unidos u otro país yo no extraditaría a Samper; ese hombre tiene fuero». Allí, con esa respuesta a la inesperada pregunta formulada por un periódico regional en el segundo debate por TV, inició, a nuestro modo de ver, Andrés Pastrana su camino a la victoria en las elecciones celebradas el 21 de junio de 1998. El candidato conservador, organizado electoralmente bajo el rótulo de campaña 'la Gran Alianza por el Cambio', luego de perder la primera vuelta comenzó a ganar las distintas batallas de la última semana.

Horacio Serpa, el candidato liberal, triunfante contra todos los pronósticos y encuestas en la primera vuelta, fue el primer sorprendido con esta última pregunta del debate acordado el 10 de junio. Una mala pasada de la suerte o el destino hizo que le correspondiera a Serpa contestar de primero; y lo hizo, en honor a la verdad, con entereza, como un estadista. La moderadora sacó el sobre y leyó: «Como sabemos de la animadversión y acusaciones que le ha hecho EEUU al presidente Samper, no se podría descartar que una vez termine su mandato le abrieran un proceso en ese país. Si EEUU le solicita en extradición al ex-presidente Samper, ¿usted qué haría?». Serpa respondió: «Estoy aspirando a la presidencia de la República, en el propósito de cumplir y hacer cumplir la ley. Si se cumplen todos los requisitos establecidos por la Constitución, mas allá de mis afectos, tengo que hacerlo».

La realidad es que en este episodio, en la pregunta y sus respuestas se condensaba ante la audiencia de Colombia, conectada en horario triple A a la

radio y la televisión, el drama padecido por el país en los últimos cuatro años. Millones de potenciales electores y numerosos indecisos pudieron revivir en esos momentos las imágenes del ex-ministro de Defensa Fernando Botero y del ex-tesorero de la campaña presidencial de Samper, Santiago Medina, confesando el ingreso de dineros calientes a las cuentas y diciendo ante el país y el mundo que el presidente sí sabía del apoyo económico del cartel de Cali. Igualmente debieron refrescarse en la memoria un primer mandatario arrinconado, despreciado y debilitado desde el inicio de su mandato, reconociendo el ingreso de estos dineros pero diciendo ante una audiencia dividida: «todo fue hecho a mis espaldas».

Y no es de extrañar que las gentes pensaran en la primera autoridad de Colombia acusada con bombos y platillos por Alfonso Valdivieso Sarmiento, –fiscal general de la nación– a la defensiva permanentemente, y juzgado por todos los colombianos –vía medios de comunicación–, y a su vez exonerado por la Cámara de Representantes, en un ambiente de muertos, violación de derechos humanos, combates guerrilleros y tragedias. Había también un clima de parlamentarios presos a consecuencia de recibir cheques de empresas-fachada del narcotráfico o por figurar en contabilidades encontradas en los múltiples allanamientos efectuados por el general de la policía Rosso José Serrano –quien terminó siendo el soporte del gobierno e interlocutor privilegiado del régimen ante los inquisidores de la DEA, el Departamento de Estado y el Congreso estadounidenses.

Lo cierto es que más de uno al oír al candidato liberal diciendo «tengo que hacer cumplir la ley», debió pensar en la paradoja de un ex-presidente extraditado, gracias, entre otras, a la gestión del propio Samper, quien para complacer a los norteamericanos y sus principales críticos internos, presionó al Congreso con el apoyo de Serpa-candidato y modificó la Constitución del 91 que la prohibía, reestableciendo la extradición e incluso pretendiendo que la misma, como lo solicitó el gobierno de Clinton, fuera con retroactividad.

Más allá de la justeza jurídica o la oportunidad de una respuesta política de quien fuera el acusador del presidente Samper, en la opinión pública hubo un claro trastocamiento de valores y símbolos: Serpa el gran defensor y combatiente decisivo frente a la injerencia externa, extraditando a su mentor y amigo, mientras Pastrana, el verdugo, el amigo de los *gringos* y deflagrador de la crisis constante del gobierno, benevolente y digno frente al gobierno norteamericano.

Fue Pastrana, al perder en 1994, quien acusó al presidente electo Samper de haber utilizado dineros del narcotráfico para derrotarlo en la segunda vuelta de esas elecciones y fue justamente Serpa, en su condición de ministro del Interior, quien enfrentó con reconocida y premiada lealtad la defensa pública del gobierno y de su correligionario y amigo, el presidente más acusado y estigmatizado, con razón o sin ella, en la historia de Colombia. Serpa pagó incluso el alto costo de la satanización de los medios trasnacionales y locales de comunicación, al igual que

de los voceros del Departamento de Estado y la DEA por ser el candidato liberal, precisamente, quien con mayor claridad y vehemencia enfrentó todo el arsenal de desestabilización usado desde Washington contra el gobierno y un presidente norieguizado, con el claro propósito de lograr derrocarlo por cualquier vía, hacerlo renunciar o llevarlo al suicidio.

A Samper incluso le cancelaron la visa –Serpa también recibió ese coletazo–, y el país fue descertificado pese a la captura de los capos del cartel de Cali, la aceptación de múltiples imposiciones en la política antidrogas y la expedición de duras leyes contra el narcotráfico, entre ellas la extinción de dominio de los bienes confiscados a los capos detenidos.

Los gremios económicos, la Iglesia, los columnistas, los principales periódicos, los noticieros de radio y TV, varios importantes generales, las señoras de los barrios ricos, sectores del Partido Liberal y la casi totalidad del Partido Conservador, alcaldes, gobernadores, intelectuales, Miles Frechette –entonces embajador de EEUU, calificado en su momento de procónsul y cabeza de la conspiración–, y hasta la insurgencia...; todos desde su ventana, o mejor, su trinchera, se unificaron en un propósito común: tumbar a Samper. Igualmente esos mismos sectores, como se verá, se unificaron tras la meta de impedir una nueva victoria de la fórmula liberal oficial; los medios de comunicación bautizaron este agresivo agrupamiento: era el «Toconser», todos-contra-Serpa.

El llamado Proceso 8.000, la investigación por la presencia de dineros calientes en la elección presidencial y en la política, es, pues, el hilo conductor de las afectaciones, dramas, personajes en contienda, avances y por supuesto una de las principales armas enarboladas por la campaña conservadora para fundamentar ante los electores el peligro de elegir a Serpa, acusado reiteradamente como la más clara expresión del *continuismo*, la personalización de la persistencia de la crisis y las malas relaciones con el socio mayor, EEUU. La realidad es que a partir de que Pastrana en 1994 entregara a la opinión pública y a la Fiscalía General los llamados ‘narcocasetes’, cuyo origen algunos sitúan en la embajada estadounidense y la DEA, nunca antes en Colombia se había dividido tan profundamente el bloque dominante y polarizado a niveles tan extremos la sociedad. Una de las expresiones más contundentes de la crisis fue y es hoy en día la Justicia-espectáculo o la judicialización de la política.

Sectores económicos poderosos, frustrados e indignados al no haber logrado la caída del presidente, expresaron abiertamente sus preferencias durante el debate. Mientras a Serpa lo apoyó el grupo Santodomingo con sus recursos y los medios de comunicación con que cuenta, otros grupos –también monopólicos, como el sindicato antioqueño, Luis Carlos Sarmiento Angulo y Ardila Lule–, pusieron a disposición de Pastrana ingentes recursos y espacios ilimitados en los medios que también poseen.

Todos los noticieros televisivos (RCN, 24 horas, CMI, Noticiero de las 7, Noticiero

Nacional, TV-Hoy, NTC, En Vivo, Uninoticias, Hora Cero y Caracol), tenían sin ocultamiento su candidato. Este hecho insólito en una campaña electoral con candidatos producto del *marketing* se repetía intensamente en la radio y la prensa escrita. Así, además de las cuñas autorizadas con sus topes violados, el ciudadano, como nunca antes, fue durante los tres últimos meses bombardeado con abundante propaganda electoral directa o indirecta. En una campaña electoral donde las operaciones psicológicas juegan un papel decisivo, la balanza informativa se inclinó al final con amplitud, tanto en cantidad como en calidad, hacia el candidato Pastrana, de acuerdo a mediciones efectuadas por la Veeduría Ciudadana para la transparencia del voto, la Comisión Nacional de Televisión e Invisión.

La polarización partidista profundizada por la a veces furiosa postura antisamperista, del influyente diario liberal *El Tiempo* en favor del candidato conservador, ahondó la división del liberalismo y exacerbó aún más los odios y diferencias de clase entre las campañas. Lo oligárquico, liberal o conservador, se agrupó, como era claro, en función de Pastrana, hijo de la familia presidencial colombiana. Serpa, hijo del pueblo y la provincia atacando a su contendiente por su postura neoliberal y por su carácter privatizador, recurrió a sacar el trapo rojo, es decir, a caracterizar su candidatura como la del pueblo y el gran Partido Liberal, independientemente del apoyo de diversos sectores de la izquierda democrática y algunos conservadores.

Mientras, en la otra orilla, el conservatismo se mimetizó ante la opinión pública en la 'Gran Alianza por el Cambio' y Pastrana hizo desaparecer su apellido de hijo de ex-presidente, popularizando su candidatura con el eslogan 'Andrés: el cambio es ahora'.

Encabezadas por importantes editorialistas de *El Tiempo*, las traiciones, deslizamientos e indiferencias dentro del liberalismo no se hicieron esperar, sobre todo teniendo en cuenta la postura «imparcial» y facilitadora del ex-presidente César Gaviria, que en principio jugó a tres cartas. Luego de descartada Noemí Sanín en la primera vuelta sus principales amigos, junto con el ex-fiscal Valdivieso Sarmiento, pasaron a apoyar al candidato conservador. Ese ex-candidato liberal, que ante su vertiginosa caída en las encuestas entró a buscar una unidad o una tercería con los también candidatos Carlos Lleras de la Fuente, Antanas Mockus y Noemí Sanín, al pasarse a las filas de Pastrana golpeó las importantes posibilidades electorales de los llamados independientes encabezados por Noemí en la primera vuelta y fortaleció, en su condición de ex-fiscal, el equipo de los acusadores de Samper y enemigos de Serpa, a quien había tenido al borde de la cárcel.

Desde la primera vuelta el combate desatado por la campaña de Pastrana fue claro. Dos modelos de moral: malos o buenos; los malos: Samper y quienes lo representan: Serpa y María Emma Mejía –su reciente canciller y candidata a la vicepresidencia; continuismo o cambio: Andrés es el cambio, Serpa es Samper y

la continuidad de la crisis; Andrés es la gente bien, Serpa el clientelismo, los hampones; Serpa no es querido por EEUU, Andrés sí; Serpa es amigo de los guerrilleros y los sindicalistas, es comunista y expropiador.

En síntesis, un candidato con experiencia en el manejo de los medios y en especial de la televisión –durante años Pastrana fue conductor del noticiero familiar TV Hoy– y una llamativa propaganda en positivo: la paz es el empleo; los 10 compromisos e intenso manejo de medios, imágenes y propaganda de alta calidad técnica. En negativo: todo y todos los medios desde el fax hasta la chapola, el grafiti, la hoja volante injuriosa, la cuña de periódico, radio o televisión. La meta: acabar moralmente al contrincante y sus votantes.

Por su parte la campaña de Serpa reorientó sobre la marcha su estrategia alrededor de tres ejes básicos: Serpa, hijo del pueblo, posee mayor experiencia en el manejo del Estado; frente a la personalización del cambio en Andrés se fijó como consigna ‘el verdadero cambio es la paz’; y en tercer lugar planteó un modelo cercano a los postulados socialdemócratas, incluyendo la rebaja de la jornada laboral para generar nuevos empleos y un rotundo no al neoliberalismo: ‘no a las privatizaciones que Pastrana representa –decían las propagandas negativas–; Serpa es lo social y la defensa de lo público’. Si bien utilizó también una propaganda negativa, fue menos intensa y no aprovechó con decisión algunas claras desventajas del contrincante. Así, insólito, el «cambio» se encarnaba en el hijo de un ex-presidente del Frente Nacional, cuestionado por fraude en 1970 y por el candidato del Partido Conservador, que, como el Liberal, supera el siglo y medio de existencia.

Los odios arraigados en la permanencia de Samper, y en su expiada perpetuación a través de la probable victoria de Serpa, se convirtieron en el movilizador de una pasión que dio voluntad de combate, convocó sectores diversos influidos por cuatro años de ataques contra el gobierno: a los conservadores casi en su totalidad, a los independientes, y a otros provenientes del partido y la vieja y la nueva clase política liberal, que colaborará con el nuevo gobierno pese al llamado de Serpa invitando a una oposición patriótica.

### ¿Un nuevo Frente Nacional?

Como es conocido, derrotando todas las encuestas –algunas incluso lo hacían aparecer por debajo de Noemí Sanín–, el 31 de mayo Horacio Serpa gana las elecciones (34,59%) frente a Pastrana (34,34%). La sorpresa y el fenómeno electoral lo representó la candidata de origen conservador, Noemí Sanín, venciendo ampliamente en Santafé de Bogotá y Cali, alcanzando en nombre de los independientes el 26,88% de la votación general. Bajo el lema de ‘el verdadero cambio es Noemí’, quien fuera ministra de Comunicaciones, embajadora en Venezuela y canciller durante Gaviria, y embajadora en Londres de Samper, se convirtió para Serpa y Andrés en el objetivo a atraer y los votos a conquistar.

Este cuadro implica que después de la primera vuelta, además de los factores positivos obtenidos como consecuencia de una bien planteada estrategia electoral, el Partido Conservador necesitaba levantar una estructura que movilizara un caudal capaz de derrotar la maquinaria liberal y el afecto popular a un hombre nacido en el seno del pueblo: Horacio Serpa Uribe. Y así lo hicieron. Entre ambas vueltas electorales, con 20 días de diferencia, la votación se incrementó en más de cinco millones de votos, hecho inesperado que significó, por primera vez, derrotar la abstención en Colombia, representada en un 41,44%<sup>1</sup>. Debe destacarse la creciente importancia del voto de opinión e independiente que, más allá de los sufragios capaces de producir las maquinarias de los partidos tradicionales, significa un crecimiento de la conciencia democrática y un claro avance de la participación popular.

Aunque Serpa se impuso en 17 departamentos y Pastrana en 16, la victoria en Bogotá y en el departamento de Antioquia –donde fue doblado el candidato liberal y su vicepresidenta, oriunda de allí–, marcaron la diferencia. Sin embargo sería simplista detenerse en esta circunstancia para analizar una victoria tan contundente. Lo fundamental es tratar de entender cómo logró el hoy presidente Pastrana incrementar en casi tres millones de votos los obtenidos el 31 de mayo. Perdida la primera vuelta y, según dijimos, agotadas las encuestas como elemento de captación del llamado voto útil, la ofensiva electoral negativa fue contundente: lo primero fue recurrir con todos los medios al Proceso 8.000, al que Pastrana se refería en la primera vuelta con mucho cuidado, dada la experiencia de su caída vertiginosa en las encuestas posteriores a las elecciones de 1994, a consecuencia de lo que su acusación desató: polarización extrema y una descarada injerencia estadounidense.

Teniendo en claro su necesidad de remontar el resultado de la primera vuelta, desataron las cargas inicialmente con Néstor Humberto Martínez, liberal, miembro de la Gran Alianza por el Cambio, aliado del Partido Conservador y de Pastrana, quien como ex-ministro de Justicia de Samper emprende una dura ofensiva de desprestigio acusando al candidato liberal –y también como él ex-ministro–, de haber sido el autor del «narcomico», un frustrado favorecimiento legislativo para los ciudadanos incurso en el delito de narcotráfico. Acto seguido, Pastrana logra el apoyo de Harold Bedoya, ex-ministro de la Defensa cuya candidatura, con una postura de derecha radical, había obtenido 300.000 votos.

Ante la necesidad de los 2.800.000 votos de Noemí Sanín, quien para obtenerlos se diferenció y fustigó por igual a ambos candidatos mayoritarios, la campaña de Pastrana desplegó una interesante estrategia de deslizamiento. Primero, de los principales dirigentes encabezados por el liberal Carlos Lleras de la Fuente, Marta Lucía Ramírez y otros –entre ellos, veladamente Antonio Navarro Wolf, ex-dirigente del extinto M-19, quien planteó callar su voto, pero la campaña Pastrana presentó

---

<sup>1</sup> Sobre el total de 12.274.923 votos, Pastrana obtuvo 6.086.507 –50,39%– y Serpa 5.620.719 –46,53%–; una diferencia de 465.788 en favor de quien será el último mandatario elegido con mayor cantidad de sufragios en el siglo XX.

públicamente como adherente a Jorge Navarro, su hermano, elegido representante a la Cámara en la provincia de Nariño, donde el primero, luego de ser alcalde de Pasto, es hoy un clásico barón electoral y el verdadero beneficiario de los votos navarristas.

Como en un segundo acto, por su parte Noemí, la mirada puesta en el futuro, expresó que por respeto al voto independiente recibido no iba a sugerir por quién votar –y con palabras no lo hizo–, pero se reunió en público con Pastrana, recordó su consigna del ‘verdadero cambio’ y su anticontinuismo, gestos a los que la campaña ‘Andrés: el cambio es ahora’ supieron sacarle, como era obvio, todo el partido antiserpista posible. Por si aquello no fuera suficiente, el marido de la ex-candidata públicamente anunciaba su voto por Andrés.

Por último, y para que no quedaran muchas dudas, faltando muy pocos días para la elección, Pastrana presentó ante el procurador general de la Nación una denuncia acusando al presidente Samper y su gobierno de utilizar las cuñas de realizaciones oficiales a favor del candidato Serpa. Pero donde el obús pegó más certeramente y de manera letal fue en el tema bandera del candidato liberal: la paz y su compromiso y experiencia personal. En efecto, a cuatro días de las elecciones los diarios y todos los medios de comunicación destacaron, con fotografía incluida, la reunión entre el emisario de Andrés, Víctor G. Ricardo, y parte de la cúpula de las FARC encabezada por el legendario líder Manuel Marulanda Vélez, «Tirofijo», y el «Mono Jojoy», jefe militar de la organización, quienes con propaganda del candidato conservador sobre la mesa se lanzaron con todo a darle duro a quien acertadamente le planteó al país que el «verdadero cambio es la paz».

Mientras Pastrana afirmó que «su representante hizo lo que el gobierno de Samper no pudo hacer en cuatro años», los insurgentes descalificaron a Serpa, escogieron abiertamente candidato o se prestaron para ello y arremetieron contra el gobierno de Samper afirmando que «hoy ofrece despeje de un municipio para iniciar diálogos con los alzados en armas y dejarle la puerta abierta al doctor Horacio Serpa que durante 12 años de hacer parte de los gobiernos liberales nada puede mostrarle al pueblo por la paz...». Aunque el aspirante liberal se defendió afirmando que en efecto él no era candidato del «Mono Jojoy», ciertamente lo que había sido un puntal de su campaña cambió de mano; o por lo menos le empataron la estrategia de reconciliación que, sin lugar a dudas, ha sido y es uno de los más altos anhelos de la sociedad en su conjunto.

Y para cerrar con broche de oro la ofensiva, los televidentes comenzaron a recibir en cantidad suficiente de saturación de audiencia una cuña publicitaria negativa que, con gran calidad técnica, mostraba la transformación del rostro de Samper en el de Serpa, acompañada con una frase: «Esto nos deja este gobierno: violencia, desempleo, corrupción, pobreza. Vote por el cambio». Esta dura y riesgosa propaganda fue acompañada de la utilización efectista de las cuñas institucionales de estímulo al voto y la publicación de avisos de prensa y afiches

que el día de las elecciones se veían por doquier en los carros de los adherentes del hoy presidente electo.

Conocidos los resultados a menos de dos horas de cerrada la votación –un verdadero avance de la Registraduría del Estado Civil– y victorioso el candidato de la Gran Alianza, en su primer mensaje expresó su alegría de guerrero triunfador y su promesa de no ceder a retaliaciones. Serpa, por su parte, reconoció con gallardía la victoria de su oponente y llamó a su partido a ser congruente, a ayudar en el tema de la paz y a hacer una oposición patriótica, aprovechando las mayorías liberales en el Congreso de la República.

El gobierno de EEUU con una velocidad pasmosa le expresó su felicitación al nuevo presidente y fijó su agenda: derechos humanos, narcotráfico y poner fin al conflicto armado.

De hecho Pastrana ha aceptado la mediación propuesta, pero algunos analistas piensan que dada la reconocida multiplicación de asesores militares, la férrea y unilateral política antidrogas, la multiplicación de agentes, la injerencia en aumento y las conspiraciones que han sido evidentes, el gobierno de EEUU debería ser considerado, como sucedió en El Salvador, una de las partes fundamentales del conflicto. Es importante destacar que, en los últimos tiempos, son cada vez más constantes las declaraciones directas e incisivas acerca del conflicto interno colombiano y su posible solución, por parte de congresistas y altos oficiales militares estadounidenses que visitan el país y se dirigen especialmente a los escenarios de confrontación. Estas personalidades han ido dejando entrever su preocupación frente a una eventual derrota de las fuerzas armadas colombianas –dada su incapacidad operativa– por parte de la insurgencia, deslizando incluso la posibilidad de una intervención norteamericana –por supuesto inmediatamente desmentida.

Frente a tal panorama, el nuevo presidente de Colombia tiene la obligación legitimadora –nada fácil por lo demás–, de cumplir los compromisos de campaña que, en términos concretos, no habrán de significar cambio estructural alguno en el manejo económico del país y menos aún en el modelo globalizador: todo lo contrario. Las medidas que Pastrana se comprometió a adoptar desde su asunción el 7 de agosto, pueden sintetizarse así: reducir la presión sobre el dólar mediante un saneamiento macroeconómico que, vía ajuste fiscal, reordene las finanzas nacionales; atacar las causas de la revaluación del peso, para lo que se impuso favorecer las exportaciones, el ahorro y la inversión productiva, y propiciar una tasa de cambio competitiva y tasas de interés bajas y estables; recortar el gasto público para cumplir con la meta de reducir el déficit fiscal al 1,5% del PIB; hoy alcanza el 5%; disminuir la inflación a un dígito y establecer créditos hipotecarios hasta de 30 años como estímulo a la adquisición de vivienda popular; generar un millón de empleos a un ritmo de 250.000 por año, implementando una rebaja selectiva de impuestos que permita a las empresas crear nuevos empleos mediante un desgravamen fiscal; reducir gradualmente el IVA –del 16% al 12%–



durante sus cuatro años de gobierno, sin tocar los bienes de la canasta familiar, compensándolo con una más eficiente recaudación dada la altísima evasión detectada; eliminar la doble tributación en industria y comercio, reducir la evasión fiscal calculada en dos billones de pesos y atacar drásticamente el contrabando; garantizar la cobertura educativa total y gratuita hasta el noveno grado, proveyendo en el sistema escolar público de desayuno y almuerzos a los estudiantes que así lo requieran; establecer la jornada única y la formación de maestros de alta calidad técnica mediante el reentrenamiento anual del 15% de los docentes; arribar al año 2000 con todos los colombianos afiliados al sistema general de seguridad social.

Frente a un 32,69% de PIB agropecuario afectado profundamente por la violencia y a la destrucción de la infraestructura petrolera; ante una sociedad golpeada cotidianamente por masacres y asesinatos selectivos, impunidades y violaciones a los derechos humanos, y sobre todo con la autoestima nacional en caída libre, Pastrana prometió liderar personalmente el proceso de paz, impulsando la participación de la sociedad civil. Para ello despejaría, si fuera el caso, municipios en controversia militar y aplicaría mano dura a los grupos paramilitares que, entre otras cosas, han pedido ser considerados como parte integrante en los diálogos a realizarse.

Las señales conducen a pensar que con el fin del gobierno de Samper, a quien nadie quería legitimar, las posibilidades de iniciar un proceso de paz se convertirán rápidamente en realidad, consolidándose como objetivo prioritario del nuevo gobierno, la insurgencia y la sociedad civil en su conjunto. La dinámica de lo nuevo estará signada por este hecho. Una reforma política y una Asamblea Nacional Constituyente se ven como puertas de entrada a la ampliación de espacios participativos dirigidos a reafirmar una democracia económica, política y social; la nueva Colombia consensual que muchos ambicionan y sueñan.

Sin embargo, a pocos días del efecto psicológico del triunfo del llamado cambio, empieza ya a imponerse la realidad de este país polarizado y de odios acumulados: la Corte Suprema de Justicia, dos años después y con «justicia espectáculo», ha llamado a indagatoria, acusando de prevaricato a los 111 representantes a la Cámara que votaran por la exoneración de cargos al presidente Samper, como consecuencia del llamado Proceso 8.000. Si la acción contra los representantes prosperara, el presidente, hoy casi ex-presidente, quedaría nuevamente a merced de un nuevo proceso judicial. Y como remate de corrida ha sido anunciado, en un documento privado entregado a Samper por el embajador Curtis Kamman, que el gobierno de EEUU exigirá al nuevo presidente, cuando vaya al Norte por ayuda económica, el cumplimiento de una dura agenda antidrogas que impondrá, primero que todo, la extradición con retroactividad.

*Si Estados Unidos, doctor Pastrana, le solicita en extradición al ex-presidente Samper ¿usted qué haría?*

*Bogotá, julio de 1998*